

GA

# Gabriel Aresti Una biografía de Bilbao

SEVE CALLEJA



erein

**Gabriel Aresti**  
**Una biografía de Bilbao**

Seve Calleja

*Escenarios, 2*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*1ª edición: noviembre de 2015*

Diseño de cubierta: Asier Beltza  
Maquetación: Erein

© Seve Calleja  
© EREIN. Donostia 2015  
ISBN: 978-84-9109-059-5  
D.L.: SS-1370/2015

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107  
20018 Donostia  
T 943 218 300 F 943 218 311  
e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)  
[www.erein.eus](http://www.erein.eus)

Imprime: Itxaropena, S. A.  
Araba kalea, 45. 20800 Zarautz  
T 943 835 008 F 943 130 822  
e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)  
[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

**Gabriel Aresti**  
**Una biografía de Bilbao**

Seve Calleja



*Para Meli, con mi afecto y reconocimiento*

*Cualquier población, aldea, villa, ciudad o gran capital, guarda para quien en ella ha morado o sufrido noblemente –porque hay sufrimientos innobles– encantos de recuerdos insospechados para los que sólo recorren el mundo o como una venta de placeres o como un escenario de la Historia.*

MIGUEL DE UNAMUNO

*Todos llevamos una ciudad dentro, un pueblo que nos alienta y nos acusa, que nos va amasando, fermentando la vida: calles, sonidos de campanas, puertas, casas, paisajes, emociones.*

CLAUDIO RODRÍGUEZ

*Euskara,  
erdara,  
honantza,  
harantza,  
gora, behera  
eskuinera, ezkerrera,  
larrosa, arantza,  
Bilboko lanaren dantza.*

MIKEL ZARATE

## ÍNDICE

Prólogo de Andere Aresti	13
Introducción	14
1. Bilbao y sus vates	17
2. Gabriel Aresti, el poeta de Bilbao	24
3. Los hábitats bilbaínos del poeta	28
4. La ciudad de su infancia y juventud	32
5. La eclosión de un vehemente euskaltzale	44
6. Euskaltzaindia y su biblioteca	45
7. Estudioso y lector empedernido	50
8. Tertuliano de pro	51
9. Evocaciones y recuerdos	62
10. Cercanías (a modo de apéndice)	77
Bibliografía consultada	97

## Prólogo

---

Yo tenía diez años cuando murió aita. Con él se me fueron muchas cosas. Su cariño, la alegría de ama, los paseos de los domingos bajo las risas y las bromas de los dos. Porque aita era un bromista que tanto convertía la sala de la casa en un teatro de guiñol, escondido detrás del sofá, como de noche transformaba una pequeña habitación en la gruta de un mago que hurgaba entre papeles, que leía y que escribía bajo la luz de un flexo. Allí nos redactó un método para que aprendiéramos euskera las tres hermanas. El mundo en seis grandes temas, un proyecto ingenuamente ambicioso en un barrio obrero de los años 60. Allí éramos las hijas del poeta contable. Contable de día, poeta furtivo el resto del tiempo. Un tiempo que resultó tan escaso para lo que más quería.

Y al correr de los años, las tres aprendimos euskera. También ama lo intentó yendo a estudiar al euskaltegi que hoy lleva por nombre "Gabriel Aresti": quería poder leer por sí misma lo que aita escribía aquellas noches tal y como lo había escrito, incluso con tachaduras y borrones. Que para eso él se había esforzado tanto en aprenderlo y re-  
novarlo. Para nosotras y para cuantos en Bilbao, en

Donostia, en Gasteiz, en Baiona, en Iruña... y más allá quisieran poder hablarlo y escribirlo, y leer sus poemas y comprender mejor sus desvelos y sus sueños. Eso nos ha dejado. Algunas cartas y fotografías que han salido volando del álbum familiar para posarse en revistas y libros y que, igual que sus versos, lleguen a todo el mundo. Porque nuestro aita se quiso hacer *la medida del mundo*, como decía en uno de sus poemas, pero de un mundo pequeño y complicado que no nos cabía en casa. Y tratando de encontrarle un lugar más amplio y espacioso, anduvo de acá para allá, discutiendo con unos, consensuando con otros, viajando. Y lo encontró en tertulias y en cartas, y en diarios y revistas, y en libros de cuentos y poemas que fue esparciendo por ahí con sus propios esfuerzos de editor, de ponente, de rapsoda y de amigo. Así era nuestro padre. Y así queremos que se le recuerde cuando oiga hablar de él o abra libros como este, que es un cuaderno de viaje por el Bilbao que él conoció, amó y aborreció y el que nos dejó a vivir, bastante solas, sí, pero abrigadas bajo la manta de su inmensa sombra, de sus recuerdos cálidos y de cuantos se acercan a nosotras a querer conocerlo.

ANDERE ARESTI



## Introducción

---

Si nos paseamos por la literatura, descubriremos que hay escritores tan unidos a su ciudad de referencia, que cuesta entender sus obras fuera de sus evocaciones urbanas, lo mismo que cuesta imaginar ciertas ciudades más allá de la pintura que de ellas nos han hecho sus autores predilectos: La *Vetusta*-Oviedo de Clarín, el Madrid de Galdós, la Venecia de Thomas Mann o, en nuestro caso, el Bilbao de Unamuno o el de Aresti son buenas muestras de ello. Pues, como sostiene el antropólogo francés Marc Augé<sup>1</sup>, *la ciudad es novelesca* por lo que tiene de marco imaginario en el que se encuadran tantas de las grandes novelas contemporáneas. Y dejamos al retratista Gabriel Aresti que más nos interesa en este caso para más tarde.

Así pues, un acercamiento a la literatura que habla de Bilbao o desde Bilbao mismo nos ayudará a situarnos ante el modelo de ciudad que cada autor ha elegido de su espacio vital imaginario, y a situarnos, de paso, en el que nosotros mismo queremos evocar en cada momento o en el que vamos a encontrar en la lectura de la obra del escritor bilbaíno Gabriel Aresti.

Hay un Bilbao que parece asomar siempre por entre las calles de su Casco Viejo, cruza el Arenal –*el paseo de la alpargata*, lo llamaba Perico Smith

en otro de sus cuadros– y asciende hacia el Ensanche unas veces o desciende por la ría otras, pronta a transformarse en su trayecto literario por excelencia. Con toda esa materia poética y amable se nos ha venido modelando la estampa de un Bilbao casi siempre entrañable y ameno, remanso de viajeros que disfrutaban de su gastronomía y su apacible clima en parques y paseos y se extasían ante la imagen de su ría feraz. ¿Pero qué ha sucedido a lo largo de un siglo? –el tiempo que media entre aquellos textos panegiricos de Bowles, Etxabe o del Salaverría que nos habla de *un Bilbao que se regenera, provoca envidias, hace de espejo de otras ciudades*, y los más cercanos a nosotros, de, pongamos por caso, Blas de Otero:

*Bendecida ciudad llena de manchas,  
plagada de adulterios e indulgencias,  
ciudad donde las almas son de barro  
y el barro embarra todas sus estrellas.*

o los más recientes de su émulo José Fernández de la Sota:

*Una ciudad inhóspita de cielo encapotado  
–algo así como un Londres cruzado de Bilbao  
en su peor momento–. Un lago de cemento en  
el centro de un parque silente de metal.*

¿Por qué Ramiro de Maeztu nos hablaba de *un Bilbao triste en donde señorea la muerte*, en tanto sus contemporáneos y compañeros de generación J.M<sup>a</sup>. Salaverría y Ramón de Basterra, se desahacían en alabanzas a esta ciudad a la que uno llamaba *hermosa y prometedor*a y a la que siempre consideró la *Capital del Norte*, igual que el otro la tenía por *urbe pujante, henchida de futuro*? ¿Qué distingue, en fin, a estos poetas de esos otros que entonan populares *bilbainadas* sobre la tarima de un quiosco festivo, mientras *Bilbao se gosa / con sus chimbasos / y hay chupinasos / y hay tamboril*?

A lo mejor la explicación de este fuerte contraste se esconde en la mirada misma de quien mira, en si se trata de uno de esos observadores a los que el mismo Salaverría llama *forasteros radicados*, tachándolos de agrios y eternamente descontentadizos, o, por el contrario, de uno de esos otros *buenos forasteros* que, con sus panegíricos, contribuyen a la buena fama de la ciudad. Como él mismo. O como tantos ocasionales huéspedes y visitantes de los que contemplan la ciudad sin formar parte de ella, pero que la valoran y aprecian cual si fuera propia: Baroja, Pla, Aldecoa..., esos y quienes, aun siendo naturales del lugar, contemplan la ciudad con mirada de extraños en su propia patria, tal y como nos muestran muchos bilbaínos a su regreso a la ciudad después de largas o forzosas ausencias: Unamuno, Adolfo de Aguirre, Alejandro de la Sota, Luis Antonio de

Vega, Ángela Figuera, el propio Blas de Otero... Los versos de este último vuelven a ser paradigma de esa rara sensación, mezcla de extrañeza y apego, tan presente en los poemas del rector de Salamanca, y que asoman ahora en los de este autor que llama a su ciudad natal *turbio regazo de mi niñez*, para enseguida añadir:

*...esta noche  
no puedo dormir, y pienso en tus tejados,  
me asalta el tiempo huído entre tus calles,  
y te llamo desoladamente desde Madrid,  
porque sólo tú sostienes mi mirada,  
das sentido a mis pasos sobre la tierra...*

Y he aquí un breve fragmento del relato del propio Aresti *Mundu-munduan*, en donde deja asomar el duro contraste social entre la idílica e imaginaria aldea de Baraibar y los barrios pobres de Bilbao<sup>2</sup>, donde "las tabernas son cien veces más numerosas que las bibliotecas":

*En todos los periódicos de Bilbao se ha dado noticia de que se van a demoler todas las chabolas de los alrededores. Sobre todo las que manchan las faldas de los montes Archanda y Banderas. Y las que están debajo del puente de la calle José Antonio, así como las que se ven bajo el puente del Generalísimo Franco y las del Campo de los Ingleses. Así se limpiará un poco esta sucia ciudad, la antaño tacita de plata. Las que están encima de Rekaldeberri y Basurto aún tendrán que esperar un poco, pues*

*no se ven y además hay que hacer nuevos polígonos. También las que se ven desde el ferrocarril del Norte, pero sólo las que están dentro de Bilbao, porque Arrigorriaga no puede soportar un gasto tan grande.*

Así que, agarrados de la mano de ese gran viajero en su propia ciudad que ha sido Gabriel Aresti, deambulando a su paso por su Bilbao natal y vivencial, iremos descubriendo una ciudad en permanente cambio que, hoy más que nunca acaso, parece haber despegado de entre las brumas de antaño para volverse alegre y colorista, una pequeña urbe grandiosa, como la definió va a hacer ya casi un siglo José M<sup>a</sup> Salaverría, autor en-

tre otras muchas de estas líneas que tomamos prestadas:

*Las ciudades se retratan con la misma ingenua vanidad de las personas. Pero los retratos modernos, de tanto como ha progresado la fotografía, lo que ganan en exactitud lo pierden en gracia encantadora. Es mejor acudir a las viejas estampas para comprender la profunda expresión de las ciudades famosas. ¿Era ya famoso Bilbao cuando se hizo retratar en esa estampa venerable, en que aparece el apretado caserío confinado entre la iglesia de San Antón y la ría por donde navega una galera de popa empingorotada? Si no era todavía del todo famoso, cuando menos aspiraba a serlo.*



*Panorámica de Bilbao y su ría.*

## 1. Bilbao y su vates

---

Hay diferentes maneras de llegar y quedarse en los recuerdos de una ciudad. Una es el de la visión que proyectan cuantos forasteros se han paseado por el paisaje de las tradiciones, los cuentos y las leyendas populares, esas historias anónimas, viajeras y acomodaticias, que son las que más llaman la atención del paseante que, recalando en la ciudad de forma anónima, repara en algún suceso para él digno de ser reseñable, lo sitúa en fechas y lugares y lo adereza con lo más necesario para fijarlo en la posteridad. Es decir, que nos lo garantiza de héroes y de villanos, de hazañas y prodigios, de bondad, castigos, recompensas, unas veces, y otras es el mismo autor quien se nos confunde entre los protagonistas de algún episodio... Pues así, camuflado entre los acontecimientos históricos, vive el relato de tradición oral, y así nos lo han presentado el autor bilbaíno, el viajero romántico o el rastreador de las tradiciones populares con sus propios y cuidados retoques.

Quien quiera, pues, completar su álbum de estampas que guarda de una ciudad, además de acudir al testimonio de los cronistas y autores propios, debe servirse también del de aquellos otros transeúntes y viajeros que han recogido ángulos o momentos de la ciudad con la complacencia fugaz del paseante. En el caso de Bilbao, el naturalista escocés Bowles en 1775, Gustavo Doré

en su viaje de 1862; antes, el cronista sevillano Pedro de Medina, el veneciano Andrea Navagero o el soldado y escritor Vicente Espinel; y, siglos después, Pérez Galdós, Ramiro de Maeztu, Vicente Blasco Ibáñez, Josep Pla, Ignacio Aldecoa o Camilo José Cela..., son solo algunos de entre los forasteros atraídos por la villa, muchos de ellos más en calidad de hombres de ciencia o de negocios que de turistas curiosos, pero todos nos han dejado instantáneas particulares que, unas veces, las más, abundan en el tópico del buen vivir y, otras, las menos, lo ponen en solfa. A pesar de sus tintes pintorescos o del parangón que establecen con sus lugares de origen, la visión que de Bilbao muestran la mayoría de esos viajeros nos ayudará a descubrir, cuando menos, rincones y momentos de una ciudad que muchos creíamos conocer tan bien.

En todo caso, sorprende descubrir, ya sea desde la visión del forastero o la del aborigen, que la imagen que con más insistencia se nos ha transmitido de Bilbao es la de una ciudad mercantil e industrial en armonía con su entorno rural, a menudo situada en una suerte de Arcadia feliz, ajena a las desigualdades sociales en las que se han venido sustentando su desarrollo y prosperidad. En esto, parecen ir de la mano las estampas de escritores y pintores, pues los lienzos del madrileño Paret representando el Arenal y los muelles de Olabeaga, o las acuarelas de ingleses y franceses como Richter y Morony nos ofrecen la

misma sensación de armonía y buen vivir que las descripciones de sus coetáneos Bowles, Fischer o Lagrancé. Algunas veces, incluso, viajan juntos pintores y escritores, como en el caso de los románticos Charles Davillier y Gustavo Doré o el del poeta Bécquer y su hermano Valeriano, autor este último de la preciosa estampa *El mercado de Bilbao*, un reflejo más del encuentro entre el mundo de la ciudad y el del campo.

Este choque cultural es el nutriente habitual del autor costumbrista, portavoz del asombro, la nostalgia o el miedo con que convergían en Bilbao la tradición campesina y la modernidad de una ciudad comercial, provocando en esa confluencia un cruce de costumbres, incluso de lenguas (la mezcla del castellano urbano con el euskera rural dará lugar a un peculiar y mestizo “*dialecto bilbaíno*”, recurso de ambientación y de tipos *chirenes* y *arlotes*, es decir, graciosos y un tanto desaliñados,

según el popular hablar urbano). Y en ese humus seguirán germinando, a lo largo del siglo XX, nuevos brotes de corte costumbrista, mediante los cuales otros autores, provenientes en su mayoría del periodismo, nos brindarán una visión amable y desenfadada de la ciudad, no muy distinta de la que, desde los relatos en euskera, nos ofrecen “Kiri-kiño” en sus *Abarrak* (1919), Zamarripa, en su *Kili-Kili* (1930) o, años más tarde, el también sacerdote Mikel Zarate en su *Bilbo irribarrez* (1980).

No hay duda de que a Bilbao no le han faltado ni los encomios ni los reproches. Lo apuntaba Bernardo Atxaga cuando, al llegar a la *B* en su *Abecedario* dedicado a Blas de Otero, advertía de que muchas otras ciudades envidiarían a la nuestra por ser tan contada y cantada por tantos literatos<sup>3</sup>. Y podríamos nosotros añadir “y por tantos pintores”, e incluso enumerar los muchos otros nombres de quienes se llevaron una impresión de



*Barcazas sustitutorias del puente destruido en la guerra civil.*



Bilbao y luego la plasmaron en algún rincón de su obra, como la que Bécquer pudo llevarse a mediados del XIX; la de Marinetti, con ocasión de su estancia en la ciudad en noviembre de 1928, invitado por el Ateneo bilbaíno, la de Hemingway en visita a la feria taurina de 1959, las reiteradas estancias del Nóbel Saramago, o las más fugaces de Ana M<sup>a</sup> Matute, José Agustín Goytisolo, Humberto Eco, Antonio López, Mario Vargas Llosa, Rosa Montero, Antonio Gamoneda... Viajeros diversos y de diversa manera de plasmar sus impresiones, entre los que se encuentran aquellos a quienes J. Carlos Enríquez denomina *viajeros-exploradores*, los que llama *viajeros-turistas*, o esos otros que a los que tilda de *viajeros-ilusionistas*, quienes inventan y recrean la imagen de una ciudad armoniosa y libre de tensiones<sup>4</sup>. Unos y otros miran a la ciudad desde la atalaya de su especial dedicación: el estadista Jovellanos repara sobre todo en su urbanismo y calidad de servicios y el naturalista Bowles, en su clima y situación geográfica. Si a ello añadimos el sesgo ideológico o sentimental de cada autor, las miradas sobre nuestra ciudad se dispersan hasta la aparente contradicción entre lo perciben y transmiten dos viajeros de la misma época y en iguales situaciones. Compárense, si no, las impresiones que la ciudad provoca en las retinas de Indalecio Prieto y Ramiro de Maeztu, y en las de Emiliano de Arriaga y José de Orueta, observando su Bilbao todos a un tiempo, pero tan alejados unos de otros ideológicamente.

Y qué decir si saltáramos de unas épocas a otras: del Bilbao económicamente emergente de fines del siglo XIX al de una centuria después, por ejemplo. Porque si unos ensalzan, como decíamos, el buen vivir y la cordialidad de sus gentes –lo hacen el astrónomo sevillano Pedro de Medina en su *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, el ilustrado Jovellanos en sus *Diarios*, el alemán Fischer o el naturalista Bowles–, en otros se denuncian las desigualdades sociales cada vez más extremas: son el caso de Tomás Meabe y el de Gabriel Aresti, de cuya mano vamos a pasear por la ciudad a través de estas páginas. Ni uno ni otro ocultan su disgusto frente a la estampa idílica de esa que decíamos *arcadia feliz* en la que, a decir de un refinado socio del Club Marítimo, “*en el Arenal y en Albia, el chiquillo de la familia más distinguida y encopetada jugaba al marro con el hijo del ultramarino y del ebanista*”.

El pasaje que sigue pertenece a las *Memorias de un bilbaíno*, de José de Orueta, que nos dibuja los alrededores de Bilbao como una deliciosa campiña en la que el ambiente moral de sus gentes se correspondía con el bucolismo y atractivo del paisaje físico. Así dibuja, por ejemplo, el muelle del Arenal:

*Para mí era, y sigue siendo aquél, uno de los cuadros más alegres que recuerdo de mi vida, y podrá toda la grandiosidad actual del puerto de Bilbao dejar, en cifras, arrinconado a nuestro Muelle del Arenal de entonces, pero como*

*animación y alegría, como pintoresco y vibrante, aquello era mayor y único, y tenía que serlo, ya que allí estaba el germen vigoroso y fuerte de donde salió después el hermoso pueblo de hoy*<sup>5</sup>.

Aparte de afectos y desafectos, es evidente en todo caso que el Bilbao de entre los albores del XX y los del XXI ha conocido cambios socioeconómicos de gran magnitud, entre una pujante mercantilización y un declive industrial que no pueden pasar inadvertidos al paisajista ni al literato. Junto

a eso, los sentimientos encontrados de añoranza, fascinación, rabia y desencanto de cada autor se trasladan al imaginario de sus lectores, que se contagian o ven reflejado el optimismo de pertenencia a la ciudad unas veces o al de exclusión pesimista otras.

En fin, que a través de la literatura, de los testimonios históricos, de las crónicas y libros de viajes, del cine o de nuestra propia evocación, a menudo nos trasladamos a un Bilbao de ensueño, en



*El puente levadizo de Deusto en reparación.*



*Barrios de Iturrigorri, Uretamendi y Altamira.*

